

Gestos y palabras por la paz

A lo largo del último año se han producido hechos que indican cambios en la Iglesia del País Vasco. A primeros del año 2000 fue anunciada la renuncia de don José María Setién a la sede donostiarra y el nombramiento, para ella, de don Juan María Uriarte. También en enero, después de 19 meses de ausencia de violencia terrorista asesina, se produjo el primer atentado mortal al que siguieron otros asesinatos en ese año 2000. Esta reactivación de la violencia terrorista de ETA ha impulsado, en paralelo, una nueva conciencia ciudadana y un conjunto de iniciativas a que nos hemos referido en otros comentarios editoriales. Éste lo dedicamos a reflexionar sobre la actuación más reciente de la Iglesia del País Vasco y de Navarra ante el terrorismo de ETA. Creemos que los cambios recientes en estas iglesias han de ser comprendidos en el nuevo contexto social y político del País Vasco, sobre todo tras el fracaso del pacto de Estella y las diferentes reacciones ciudadanas y políticas de los últimos meses.

Un proceso breve, una larga trayectoria

CON el título ***Una ética para la paz. Los obispos del País Vasco (1968-1992)*** apareció hace nueve años un libro que recogía las referencias de 407 documentos sobre la paz de las diócesis vascas y pamplonesa. En esa larga trayectoria se puede contrastar una coherente y radical conciencia y pronunciamiento de todos los obispos vascos a favor de la paz, de la justicia y una condena clara y continuada del terrorismo de ETA. Ciertamente, a lo largo de esos 25 años y en los nueve siguientes ha habido evolución de los acentos y pluralidad de sensibilidades en el afrontamiento del problema del terrorismo vasco, pero hay una clara y rotunda unanimidad y continuidad en cuanto a la condena del terrorismo y en la búsqueda de soluciones a la violencia. En el activo de la Iglesia en el País Vasco podríamos considerar esa larga trayectoria.

Pero también es cierto que junto a este compromiso por la paz existen algunos silencios y algunos déficits de los que queremos dar cuenta. Durante años no se ha percibido con claridad la cercanía de la Iglesia a las víctimas. En realidad durante años ha habido una ignorancia de muchos actores sociales y políticos ante las víctimas del terrorismo. Mucho nos tememos que el reciente movimiento de aproximación a las víctimas no deje de tener en algunos motivaciones oportunistas, cuando tantos quieren utilizar su dolor y su memoria en propio beneficio. Probablemente la Iglesia como institución ha sido una de las partes de la sociedad civil vasca que más cercana ha estado siempre de las víctimas, de forma privada, y que ha pronunciado un mensaje más claro de condena y de reconciliación. Ello no le ha impedido manifestar también con contundencia cuáles son las exigencias de un Estado de derecho en la resolución de los

conflictos, cuáles los derechos de los terroristas y sus familias, y cuáles las exigencias éticas y jurídicas de una paz que se pretende duradera y basada en la reconciliación social y en el diálogo político. La Iglesia del País Vasco, sin embargo, no ha sabido manifestar esta cercanía a las víctimas y no ha logrado hacerse entender por las bases del pueblo de Dios en otras diócesis españolas. Por ello ha sido injustamente acusada de ambigüedad y de falsa equidistancia. Aunque infundada esta acusación es comprensible teniendo en cuenta la carga emocional con que nos aproximamos a un fenómeno que nos supera en tantas ocasiones. La Iglesia en el País Vasco ha resistido la fuerte presión a identificarse con una determinada política de confrontación con el terrorismo, aunque ello le haya llevado a verse caracterizada como Iglesia nacionalista o como jerarquía al servicio de la política del nacionalismo. Por otro lado, no siempre ha quedado clara la diferencia entre política nacionalista y compromiso nacional de la Iglesia en el País Vasco.

POR todo esto, a lo largo de estos años, especialmente en los últimos tiempos, muchos católicos españoles se han hecho preguntas como ésta: «¿Dónde estuvo la Iglesia cuando ETA asesinó a Miguel Ángel Blanco?» La Iglesia ha tenido un papel muy activo en la movilización social por la paz. En las manifestaciones que siguieron al asesinato de Miguel A. Blanco, como a otros tantos asesinatos, había muchísimos cristianos, religiosos y sacerdotes. El movimiento **Gesto por la paz**, fundado ya en 1984, no es comprensible fuera de la matriz eclesial y del humanismo cristiano. Ésa es también labor de Iglesia que muchos cristianos llevan realizando desde hace años, que les ha permitido ejercer una influencia muy activa en la movilización contra la violencia en la última década, contribución que no es

reconocida, e incluso es manipulada por muchos medios de comunicación, entre los que se cuentan algunos que son propiedad de la propia Iglesia. Particularmente duro, e injusto, ha sido el juicio que se ha hecho sobre el obispo Setién. Cuando el obispo Uriarte visitó a José Ramón Rekalde, librado de la muerte tras un atentado en ETA, todos los medios se hicieron eco de esta visita; prácticamente ni se habló cuando Setién visitó a la familia de Miguel Ángel Blanco.

La Iglesia se mueve en el País Vasco

A millones de ciudadanos españoles no les ha llegado la señal de «dónde está» la Iglesia con suficiente claridad. Para muchos hacían falta imágenes, gestos y presencias que llegaran efectivamente a la opinión pública, a los católicos y al resto de los ciudadanos. Muchos cristianos reclamaban gestos que hiciesen perceptibles en el espacio público que la Iglesia está contra la violencia de ETA, contra los asesinatos y al lado de las víctimas. En opinión, también, de muchos cristianos del País Vasco la Iglesia tiene un problema de vacío de presencia pública en cuanto Iglesia en el ámbito de la pacificación. Los gestos privados hacia las víctimas son necesarios, pues dan autenticidad y credibilidad a los gestos públicos, que de lo contrario pueden quedar en puro escaparate. Sin embargo no son suficientes. Son inequívocos para los familiares, pero la opinión pública no los ve. Las cartas pastorales han sido un buen instrumento para la formación de la conciencia de los católicos comprometidos o ilustrados, del clero, de los religiosos, pero no son modos idóneos de comunicación eficaz y masiva a una sociedad en la que una imagen o un gesto vale más que mil palabras, una sociedad que rechaza los discursos y sermones.

Así como las organizaciones cristianas han asumido, en el pasado, una responsabilidad de acción colectiva a favor de la paz, también la jerarquía y la institución eclesial en su conjunto tienen que expresar las exigencias concretas de la fe cristiana para una transformación justa de la sociedad. Se trata, pues, de un cambio importante, de algo más que un cambio de imagen: el paso de una presencia social como fermento en la sociedad civil, a tener unas palabras y unos gestos públicos como Iglesia. La reciente confesión de la Iglesia de haber estado lejos de las víctimas marca una señal en la superación de la espiral de silencio.

RECIENTEMENTE se han producido hechos muy relevantes en este tipo de presencia pública de la Iglesia: don Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao, recordó que la condena del terrorismo ha sido clara y nítida desde el principio y que en esas circunstancias dolorosas la Iglesia había suscitado palabras y gestos a favor de la vida y de la libertad y en contra de la violación de los derechos humanos, pero reconoció también que a las iniciativas eclesiales les ha faltado aliento profético y coraje evangélico suficientes para alumbrar una sociedad reconciliada. Por último pidió perdón porque han faltado «suficientes gestos de cercanía y defensa pública de las víctimas» y por no haber asistido a quienes se sienten amenazados y sufren las consecuencias de la falta de libertad. A mediados de diciembre los obispos vascos y el de Pamplona-Tudela anunciaron un Encuentro interdiocesano de oración por la paz con el lema, ya usado en otras ocasiones, **Entre todos, paz para todos**, que se iba a celebrar en Armentia (Álava) y que se situaba en continuidad con otras similares desde hacía años.

Una carta de 226 sacerdotes de Vizcaya (5 de enero de 2001) pidió también perdón por no haber sabido estar

*cerca de las víctimas del terrorismo y exigió a ETA el cese de los asesinatos, extorsiones, amenazas: **No digáis que lo hacéis en nombre del pueblo. No lo representáis...***

***No existe idea ni proyecto ni patria alguna que pueda exigir un solo atentado contra la vida y la dignidad de las personas.** Ocho días después de la carta del clero de Bilbao, 50.000 personas, incluidos líderes de casi todos los partidos políticos, salvo de EH/HB, se concentraban en Armentia, para una oración por la paz, que servía para condenar nuevamente el terrorismo de ETA y recordaba a las víctimas. En esta celebración participaron todos los obispos vascos residenciales y varios obispos vascos eméritos, entre ellos Suquía y Setién. Algunos han querido ver un cambio de tono entre la declaración y la plegaria de Armentia. Otros han subrayado las ausencias de firmas de la carta del clero vizcaíno. Sus promotores piden que no se alimenten los fuegos de la discordia. El proceso está abierto y las palabras y gestos que vengan irán interpretando el sentido del camino emprendido.*

La Iglesia, del diálogo a la ciudadanía

***LA** Iglesia puede recuperar su credibilidad si sigue manifestando de forma clara y pública su cercanía a las víctimas. Puesto que creemos llegado el momento, en la opinión pública vasca y en la conciencia eclesial, para que la Iglesia apueste por una presencia en el espacio público como un factor social más. Esta presencia debe ser activa para la elaboración de un consenso en torno a los derechos humanos, a la sanación de una memoria reconciliada y a los procesos de solución de un problema político —en su doble dimensión de orden público y violencia y de institucionalización jurídico-política. La Iglesia tiene un patrimonio reflexivo y*

simbólico que permiten una apuesta arriesgada y una aportación consistente al actual proceso de recuperación de ciudadanía.

Pero para esto, parece aún más importante que la Iglesia pueda ser un lugar de diálogo eclesial interno entre posiciones fuertemente sometidas a las espirales del silencio que atenazan a los ciudadanos del País Vasco y de Navarra. Y no sólo entre ellos, sino como espacio de diálogo entre las diferentes sensibilidades y posturas de las comunidades eclesiales de España. La Iglesia no debe alinearse con ninguna posición política enfrentada –ni constitucionalista, ni nacionalista vasca; ni españolista, ni vasquista– hasta que alguna no prevalezca como expresión del consenso común y compartido, como logro de todos, como fue el caso del Estatuto de Guernica; pero la Iglesia sí puede ser un hogar donde todos puedan reiniciar el diálogo deteriorado o interrumpido hace tiempo. Pensamos especialmente en el hecho de que pocas organizaciones ofrecen todavía hoy en España el tejido de relaciones horizontales e institucionales, la red social y comunicativa que existe en la Iglesia. Si un diálogo es posible y necesario entre los pueblos de España, ese ha de promoverlo la Iglesia, con un especial protagonismo de las iglesias locales del País Vasco y de Navarra.

***SALUDAMOS** con esperanza este cambio, pues somos conscientes de que es mejor ir despacio sumando voluntades en torno a valores fundamentales para la sociedad civil y para la iglesia vasca y navarra, que arriesgarse en meros gestos espectaculares o en silencios e inercias justificadas por la prudencia. En contenidos con fuerte carga emocional y que afectan a valores muy hondos sirven tanto los gestos muy relevantes y significativos como los discursos muy bien trabados, pero de difícil divulgación. Estos, con todo,*

deberán existir para favorecer el debate en el espacio público. La Iglesia está tan herida como la misma sociedad en la que está enraizada, y no va a ser fácil superar años de posiciones enfrentadas, pero éste es el camino de la paz y de una futura reconciliación en la fragmentada sociedad vasca y navarra. Aunque estemos aún lejos, creemos esperanzadamente que la Iglesia puede tener gestos y palabras para la paz que resulten creíbles para todos los ciudadanos vascos y navarros y para todos los españoles.